



TERCERA PARTE.

LA REFORMA CONSUMADA.

CAPITULO I.

Conceptos y Sucesos.

LOS DOS CAMPOS.—LAS PRIMERAS BATALLAS.

I.

TRES años duró la sangrienta y encarnizada guerra durante la cual las ideas reformistas llegaron á ser las Leyes de Reforma. Esta guerra á diferencia de las otras que habían desgarrado el país, no fué un motín militar, fué por el contrario la expresión de la resistencia nacional armada, al pronunciamiento de Tacubaya, al *cuartelazo* asestado por la Brigada Zuloaga á la faz de la nación que acaba de constituirse. La guerra de tres años, que también con este nombre se designa la guerra de Reforma, más que guerra civil fué una guerra social que dividió profundamente á la nación llevando la discordia hasta el interior mismo de las familias.

Nunca, desde la guerra de Independencia, se vió un movimiento que tan profunda é intensamente conmoviera hasta sus cimientos á la sociedad. Nadie fué indiferente á la lucha, como que en ella se disputaban principios que interesaban á todos, que afectaban aún á las mismas conciencias, pues el clero para defender mejor sus intereses los identificó con los de la religión. De un extremo al otro de la República cundió el movimiento, por toda la extensión de nuestro vasto suelo se levantaron tropas y se libraron combates. Los dos partidos, liberal y conservador estaban resueltos á luchar hasta morir ó alcanzar el triunfo.

A la funesta indecisión de Comonfort se debió que el movimiento evolutivo se trocase en revolución sangrienta, y que la Reforma no se implantase por las vías legales, sino á consecuencia de la lucha armada. Comonfort dejó en manos del partido clerical todos los elementos de gobierno, y ese partido se resolvió á luchar hasta agotar sus recursos y sus energías.

La lucha entre liberales y conservadores había sido hasta entonces una polémica estrepitosa, un debate agitado, una discusión atronadora; su dirección había estado confiada á los sabios, á los publicistas, á los tribunos, á los oradores parlamentarios ó á los Ministros de Estado. El Pensador Mexicano, desde los últimos días del período colonial y los escritos del Payo del Rosario, habían preparado los ánimos al movimiento reformista; las sapientísimas disertaciones de José Luis Mora, y el vigoroso liberalismo de Gómez Farías, habían definido y demostrado las verdades contenidas en la Reforma, y el último, ejerciendo el mando supremo, había intentado ponerlas en práctica. Más la tentativa fué prematura, bastó la voluntad de Santa-Anna para oponer á la Reforma eficaz dique.

En 1858 las cosas habían cambiado, la semilla reformista había germinado en la opinión pública y echado hondas raíces; un movimiento militar, un pronunciamiento, la opresión de todo el ejército, y el poderoso influjo del clero no eran bastantes á desarraigar aquella planta en pleno florecimiento ya. La lucha había pasado, pues, del campo de la discusión á los campos de batalla; no eran ya los pensadores, ni los sabios, los que la habían de sostener y dirigir; eran los hombres de acción, los hombres de carácter, de convicciones profundas, de denuedo y de arrojo, capaces de improvisar ejércitos, capaces de armarlos y conducirlos á la batalla, y, como sucede en las crisis dolorosas y épicas de las naciones se encontraron aquellos hombres, fueron los que formaban el gran partido liberal, entre ellos hubo hombres de gobierno dotados de valor civil, y hombres de capacidad para la guerra dotados de gran valor militar.

II.

Y á la cabeza del movimiento reformista, y al frente de la nación, colocaron las circunstancias á uno de los caracteres más viriles, á una de las plantas humanas más vigorosas que han arraigado en el suelo mexicano, Don Benito Juárez. Su cuna, como nido de águilas, mecióse entre las quiebras de la sierra de Ixtlán, su nacimiento acaeció en el sexto año del siglo XIX; era retoño vigoroso de la raza indígena pura, parecía condensar en su perso-

nalidad toda la serenidad majestuosa, toda la pasividad heroica, y toda la fe intensa que se encuentran por lo común diseminadas en los individuos de esa raza. Juárez al nacer pertenecía á la clase humilde, le abrigó el frágil techo de una cabaña, y poco á poco, por su esfuerzo sostenido, por sus energías sin fin, por la firmeza de sus convicciones, y por lo nítido y bien definido de sus ideales llegó á elevarse, escalón por escalón hasta la Presidencia de la República. Perteneció siempre al partido liberal exaltado, y en su larga y meritoria carrera política demostró constantemente aquellas cualidades excelsas que constituyen á los hombres de Estado y á los pastores de los pueblos.

Tal era el hombre, llamado por el art. 79 de la Constitución, á ocupar la Presidencia de la República vacante por la criminal imprudencia de Comonfort. No podía caer en mejores manos tan alta investidura. Las convicciones de Juárez eran profundas como las aguas del Océano, arraigadas como el resinoso pino que crece en las montañas inmediatas á la aldea en que nació el grande hombre. Su alma era estoica, impasible y serena, resistía con firmeza las más intensas emociones sin que se contrajese un músculo de su bronceada fisonomía; su carácter era inquebrantable, y sus designios vigorosamente orientados marcaban á la nación el rumbo que debía seguir.

Lleno de fe en sus ideales jamás desfalleció, cuando todo se derrumbaba en torno suyo él permanecía en pié sostenido por la maravillosa entereza de su carácter. Un hombre así era lo que la nación necesitaba para salir triunfante de aquella crisis, la más honda que la hubiera agitado; necesitábase un hombre de granito para resistir la acometida de la reacción armada que, como mar embravecido, como torrente desbordado, amenazaba arrasar y destruir cuanto encontrara al paso.

Nosotros creemos que las sociedades están sometidas á leyes, pero creemos también que los grandes hombres forman parte de los agentes capaces de mover las sociedades, y no admitimos con Carlyle que éstos sean inútiles y que sin ellos puedan llevarse á cabo los grandes descubrimientos; las grandes conquistas, que, sacando á la humanidad de la rudeza prehistórica, la han elevado paulatinamente hasta el augusto solio de la civilización en que hoy impera. Según Carlyle, si Colón no hubiera descubierto el Nuevo Mundo, si Mahoma no hubiera despertado á los árabes de su sueño, si Lutero no hubiera quebrantado la unidad religiosa, otros lo hubieran hecho en su lugar; mas J. S. Mill responde á esto, que esos otros hubieran sido siempre grandes hombres. Lo mismo puede decirse de los principios reformistas; si no hubiera existido Juárez algún otro lo hubiera hecho triunfar, pero este otro hubiera debido medir necesariamente la talla de Juárez.

Al gran vigor que daban á Juárez sus propias y personales dotes se agregaba, para hacer más eficaz su influjo, la circunstancia de ser el defensor de la Carta Fundamental, de representar la ley, de ser el depositario legal de la autoridad. No era jefe de un partido sino de la nación, y se aprestaba á sostener un pacto fundamental emanado de un Congreso legítimo, promulgado solemnemente y jurado por todas las autoridades civiles y militares. Y el Sr. Juárez estaba tan penetrado de este su papel, que dijo alguna vez:

“Yo no soy el jefe de un partido; soy el representante legal de la nación, desde el momento que rompa yo la legalidad, se acabaron mis poderes, terminó mi misión. Ni puedo, ni quiero, ni debo, hacer transacción alguna, porque desde el momento en que la hiciese me desconocerían mis comitentes, porque he jurado sostener la Constitución, y porque represento con plena conciencia la opinión pública. Si esta se manifiesta en otro sentido, seré el primero en acatar sus decisiones soberanas.”

¡Nobles y elevadas palabras! La vida de Juárez fué la constante y fiel traducción en hechos de tal lenguaje, Juárez representó el derecho impasible que se yergue ante la insolencia del hecho. Con Juárez se observó en nuestra historia un suceso sin precedente hasta entonces: cuando un partido, cuando un jefe militar ocupaba la Capital de la República, todo había terminado, el vencedor quedaba sin protesta dueño del poder, los vencidos se ocultaban ó salían del país. En Enero de 1858 no sucedió así, Juárez representaba la legalidad, las tendencias del país al progreso, y la aspiración á quebrantar las trabas opuestas á la prosperidad nacional por los privilegios de la milicia y del clero, y por el influjo enorme de este último.

Donde Juárez estuviera estaba la Ley, alentaba el progreso. Nada significaba para el porvenir que el ejército insurreccionado se hubiera hecho dueño de la Capital y establecido en ella un Gobierno de hecho. El resto de la República protestaba contra tal atentado; nada importaba que el viejo ejército de Santa Anna, que el ejército privilegiado saliese en son de guerra de la Capital, se esparciese por la vasta extensión de la República, y hollase con su altanera planta, á la par que la legalidad, las aspiraciones legítimas de la nación y su ley fundamental; se improvisarían ejércitos, y en efecto se improvisaron; jóvenes de ardiente liberalismo abandonarían las aulas ó sus labores profesionales para improvisarse militares, para levantar ejércitos, para disciplinarlos, y para llegar á ser vencedores á fuerza de ser vencidos. Y así sucedió; Santos Degollado, Ignacio Zaragoza, Jesús González Ortega, Leandro Valle, Juan Zuazua, Esteban Coronado, Mariano Escobedo, Porfirio Díaz, llamado después á tan excelsos destinos y otros muchos abandonaron sus hogares, sus

estudios, sus labores, y se lanzaron á la lucha armada para constituir el nuevo ejército de la democracia y de la libertad.

La reacción contaba con el viejo ejército de línea, amasado en los combates, y que había comenzado luchando contra la invasión americana. En ese ejército descollaban en primer término dos figuras juveniles, henchidas de ambición, sedientas de gloria y dotadas de alta capacidad militar; era la primera y la más distinguida Don Luis Osollos, destinado á morir prematuramente lejos del campo de batalla, la segunda era Don Miguel Miramón, de alma menos elevada y noble, pero dotada de grande audacia; sucedió á Osollos en el mando militar, y en los efímeros triunfos que ilustraron el primer período de la reacción. Miramón, á seguir las cosas otro curso, hubiera sido en nuestro país un segundo Santa-Anna, muy superior al primero en capacidad militar, pero émulo de él en vanidad, en orgullo, en anhelo de placeres y de pompas.

III.

Los campos estaban, pues, deslindados, empuñadas las enseñas, encendidas las mechas de los cañones, y la batalla, la ruda batalla, iba á comenzar, quebrantando con enormes contusiones el desfallecido y agotado cuerpo de la desventurada nación. En la Capital se había instalado el Gobierno de hecho presidido por el incoloro é inodoro Don Félix Zuloaga, en quien se fijaron los próceres conservadores, y los ambiciosos caudillos militares, justamente porque la mediocridad, en nulidad rayana, del hombre de Tacubaya no ofrecería obstáculo alguno á las ambiciones que el nuevo orden de cosas despertaba. Zuloaga nombró una junta, que se decía representaba los Estados de la Nación, el sufragio de esta junta le nombró Presidente de la República, tomó posesión del cargo el 23 de Enero al mediodía, y nombró su Ministerio así: Relaciones Exteriores, Don Luis G. Cuevas; Justicia y Negocios Eclesiásticos, Don Manuel Larrainzar; Gobernación, Don Hilario Elguero; Fomento, Don Juan Diego Maldonado; Guerra, Don José de la Parra.

El primer acto del Gobierno de hecho, fué destruir cuanto en el sentido de la Reforma se había decretado durante el Gobierno de Comonfort. El 28 de Enero se expidieron cuatro decretos: uno restablecía los fueros eclesiástico y militar, y los otros dos derogaban la ley de desamortización y la de obvenciones parroquiales.

El Gobierno de la reacción no tenía programa, ó este era completamente negativo; como no fuera á destruir lo hecho, no se

proponía otra cosa; se llamó á sí mismo restaurador de las garantías haciendo, por inoportuna reminiscencia histórica, alusión á las del Plán de Iguala: Independencia, Religión y Unión. Mas la Independencia no estaba amenazada, la religión á los ojos del clero eran sus bienes y privilegios, y la Unión que en 1858 sólo á los mexicanos podía referirse, era imposible en el estado á que habían llegado las cosas.

El Sr. Juárez había formado también su Ministerio. Le componían: Don Melchor Ocampo, Ministro de Relaciones, Gobernación y Guerra; Don Manuel Ruiz, Ministro de Justicia; Don León Guzmán de Fomento, y Don Guillermo Prieto de Hacienda. El Sr. Ocampo era la figura culminante de la Reforma, su vastísima inteligencia estaba enriquecida con el tesoro de los conocimientos científicos, y con la cultura filosófica que produjo la Enciclopedia; su alma hermosa estaba llena de bondad y de amor á la Naturaleza. Don Guillermo Prieto era el grande é inspirado poeta, que mereció ser llamado el Tirteo de la Revolución, y se había distinguido como hombre de administración, pues siendo Director de Correos introdujo el franqueo previo y el uso de los timbres postales. Asimismo los Sres. Guzmán y Ruiz eran personajes prominentes del partido liberal. El Sr. Juárez con su Gabinete formaba, pues, una constelación de astros de primera magnitud en el nublado y tempestuoso cielo de la política de entonces.

El ejército de la coalición estaba al mando del General Parrodi y acampaba entre Celaya y Querétaro. El conservador, mandado en jefe por Osollos, salió á combatir las tropas de la coalición, el 8 de Febrero entró á San Juan del Río. Osollos iba en una carretela acompañado del cura del lugar y el pueblo fanatizado quitó los caballos para tirar él mismo del vehículo. El 9 se le incorporó Miramón con su brigada, poniéndose ambos en marcha sobre Querétaro que había sido ya ocupada por Mejía. El Sr. Juárez, no creyéndose seguro en Guanajuato, salió de esta población el 13 encaminándose á Guadalajara, en donde estableció su Gobierno el 15 de Febrero. Si el ejército de la coalición hubiera estado mandado por un jefe más resuelto, acaso la primera victoria de la sangrienta campaña hubiese sido de los constitucionales. Debíó tomar la ofensiva, atacar á Osollos en Querétaro ó más acá antes que las fuerzas reaccionarias aumentaran por la incorporación de diferentes cuerpos de ejército. Mas no sucedió así, acaso justifique la indecisión de Parrodi la poca unión que había entre los jefes de la coalición.

Se replegó pues á Celaya, y de allí á Salamanca, en cuyas inmediaciones se dió el 10 de Marzo la primera batalla, quedando derrotado el ejército constitucionalista. Murió en ella el Coronel liberal Don José María Calderón muy estimado por su pundonor

militar y apego al deber. La desunión que reinaba en las partes componentes del ejército de la coalición, la conducta equívoca del Gobernador de Guanajuato Don Manuel Doblado explican la derrota de Salamanca. Mas el ejército liberal no fué destruido ni disperso, sino que se retiró en buen orden; pocos días después el Sr. Doblado capituló en Romita quedando Guanajuato en poder de los reaccionarios, el ejército de Parrodi siguió su retirada á Guadalajara.

IV.

La derrota de Salamanca estuvo á punto de producir en Guadalajara la más horrible catástrofe que hubiera privado á la causa reformista de sus eminentes directores. El Coronel Don Antonio Landa, que mandaba doscientos hombres del 5o. batallón de línea, se pronunció el día 13 de Marzo á las diez de la mañana, en el momento de relevar la guardia de Palacio. El Sr. Presidente y sus Ministros quedaron reducidos á prisión en poder de los pronunciados, sufriendo mil vejámenes é insultos, y el día 14, á consecuencia de un movimiento intentado por Cruz-Aedo para salvarlos, un piquete de soldados mandados por Filomeno Bravo se presentó á fusilarlos, llegando á apuntarles y á preparar las armas. El Sr. Juárez mostró la más heroica impasibilidad, permaneció de pié, con la frente erguida y el ademán sereno frente á los fusiles que le apuntaban; en esos momentos Don Guillermo Prieto, que al declararse el pronunciamiento no se encontraba en Palacio, pero que se presentó á compartir la suerte de sus compañeros, tuvo la feliz inspiración de servir de escudo al Sr. Juárez, se interpuso entre su pecho y los fusiles que iban á disparar, y dirigió al piquete una arenga conmovedora que los hizo desistir de su criminal intento.

La parte fiel de la guarnición de Guadalajara, y la proximidad de Parrodi que ya se acercaba, redujeron á Landa á poner en libertad al Sr. Juárez. El 15 de Marzo firmó un convenio con el Gobierno del Estado, en virtud del cual se le permitía salir con sus hombres hasta una distancia de diez leguas de Guadalajara. Los pronunciados evacuaron el Palacio de Gobierno después de saquearle y de despojar de sus equipos al Sr. Presidente y á sus Ministros.

El día 18 llegaron los Sres. Degollado y Parrodi habiendo entrado ya á Guadalajara las tropas que el último mandaba, Osollos le perseguía muy de cerca, no se creyó posible defender la ciudad, el 19 el Sr. Presidente nombró á Parrodi Ministro de la Guerra, cargo que éste renunció. El Sr. Juárez y sus Minis-

tros salieron de Guadalajara para dirigirse á Colima en la mañana del 20, escoltados por ochenta rifleros de México y alguna tropa de caballería al mando de Don Francisco Iniestra. A las dos y media de la tarde se rindió la jornada en Santa Ana Acatlán, donde el Gobierno se vió atacado de nuevo por las fuerzas de Landa superiores en número, teniendo ocasión el Sr. Juárez de demostrar su serenidad en medio de los mayores peligros.

El día 22 entró Osollos á Guadalajara, el Sr. Presidente seguía su penosa peregrinación á Colima á donde llegó el día 26 de Marzo. El 11 de Abril se embarcó con sus Ministros en el puerto de Manzanillo á bordo del vapor "John L. Stephens," que el día 18 los desembarcó en Panamá; allí tomaron el ferrocarril que los condujo á Aspinwall, en donde se embarcaron en el buque de vela "Granada" la tarde del 19 con dirección á la Habana, á donde llegaron el 22, permanecieron á bordo hasta que el 25 se trasbordaron al "Filadelfia," que en la tarde del 28 los desembarcó en Nueva Orleans. Curiosa coincidencia; la víspera había salido Comonfort de Nueva Orleans para Nueva York. El día 1.º de Mayo se embarcaron en el "Tennessee" para Veracruz, llegando á esta ciudad la noche del 4. El Sr. Presidente y sus Ministros recibieron del Gobernador de Veracruz, Gutiérrez Zamora, la más cordial acogida.

La barca que, por azarosos mares, conducía la sagrada bandera de la Constitución y de la Reforma, anclaba al fin en seguro puerto. Vanos habían sido los esfuerzos de la reacción y de las tropas de Echeagaray para apoderarse de Veracruz; allí encontró el Sr. Juárez un baluarte seguro de donde no había de moverse, hasta que el triunfo definitivo de su causa le permitiese volver á la Capital de la República después de tan dolorosa y larga peregrinación.

Entretanto la guerra seguía desencadenada, y, aunque la suerte de las armas fuera varia, en esos días se inclinaba resueltamente del lado del partido conservador que, dueño ya de Guadalajara se apresuró á ocupar las poblaciones del interior. El 17 de Abril, Miramón encontró las tropas de Vidaurri en el Puerto de Carretas, y después de un reñido combate en el que Miramón se atribuyó el triunfo, el jefe conservador regresó á San Luis Potosí; pero las fuerzas del Norte, mandadas por Don Juan Zuazua y que Miramón creía completamente derrotadas, atacaron la plaza de Zacatecas el 27 de Abril, ocupándola, después de haberse apoderado de toda la artillería con sus trenes y equipos, y haber hecho prisioneros al General en jefe, á setenta jefes y oficiales, y á cuatrocientos veinte individuos de tropa.

Zuazua desterró para Guadalajara al Obispo de Monterrey, Berea, que expulsado de su Sede, se había refugiado en Zacatecas. El Jefe liberal manchó su victoria con actos de crueldad,

pues el 30 de Abril mandó fusilar al General Don Antonio Manero, al Coronel de infantería Don Antonio Landa, al Teniente Coronel Don Francisco Aduna, al Comandante Don Pedro Gallardo y al Capitán Don Agustín Drechi. Estas sangrientas ejecuciones produjeron en toda la República un movimiento de horror, dieron lugar á crueles represalias de los conservadores, y la lucha entre los partidos fué un duelo á muerte.

La reacción dominaba en el Occidente de la República, Tepic se había pronunciado desde el 28 de Marzo, y así pudo llegar hasta Sinaloa el influjo reaccionario. Entretanto el Gobierno conservador, sin otro motivo de aflicción que la falta de recursos, se creía seguro del triunfo. Había sido reconocido por los Ministros extranjeros, aún por el de los Estados-Unidos, que más tarde se resolvió á reconocer al Sr. Juárez. El Gobierno conservador hacía ostentoso alarde de piedad y sentimientos religiosos, sus soldados y jefes lucían cruces, rosarios y estampas de santos, las ceremonias religiosas se multiplicaban, y la fiestas de la Semana Santa, se celebraron con gran pompa, tributándose á Zuloaga honores, rendimientos y homenajes.

CAPITULO II.

Sucesos.

LOS DOS GOBIERNOS.—LA LUCHA EN SU APOGEO.

I.

A mediados de 1858 existían, pues, dos Gobiernos; uno radicado en Veracruz tenía por bandera el pacto fundamental, por programa las ideas reformistas, y por jefe al eminente Juárez; el otro adueñado por sorpresa de la Capital de la República, se apoyaba en la fuerza de las bayonetas, carecía de programa, y tenía por jefe al insignificante Zuloaga. Todo era decisión, unidad y firmeza en el Gobierno liberal; todo vacilaciones, divisiones y falta de vigor en el reaccionario. Sus jefes militares, Osollos, Miramón y Márquez, no tenían más impulso que su sed de mando, su ambición, su anhelo de conservar y aumentar su prestigio y el lustre de su ejército; pero estaban lejos, Osollos sobre todo, de compartir las ideas atrasadas y el excesivo fanatismo de sus correligionarios políticos. El Presidente de los conservadores carecía de prestigio, un buen grupo de ellos pensaba en la vuelta de Santa-Anna, otro soñaba ya con elevar al primer puesto al brillante y denodado Osollos; puede asegurarse que, sin la intrepidi-